

INTRODUCCIÓN

¿Qué ve a través de las rendijas del biombo una niña que mantiene sus ojos bien abiertos cuando, debido al sarampión, la trasladan al cuarto prohibido de los hermanos mayores? Alrededor de su cama han colocado un biombo, "porque por detrás somos todos iguales, pero por delante no". Palabras de una abuela. Prudencia, biombo de la abuela. De los adultos.

Con la autoridad de abuela, con la autoridad de adultos como las diferentes Marcelinas y Rositas, maestros y madre, sabrán imponer sus propias reglas de vida, echando mano en el momento justo del propio acervo de frases irrefutables para escoger la que se ajusta a la ocasión, la más resolutiva, "solo quien sabe renunciar es fuerte", algo inquebrantable e indiscutible, como la protección del biombo.

Imposible para la niña Marina protegida del peligro incluso sin sarampión, al amparo del biombo, imposible no tomar conciencia desde la primera infancia de la pared divisoria que separa los niños de los adultos, las mujeres de los hombres, los ricos de los pobres, los italianos de los españoles.

Y a través de las rendijas no intentar, mientras tanto, hallar una justificación, si acaso permanecer preparada para actuar. A obedecer y desobedecer, a crecer y a superar presuntas taras hereditarias, a fantasear y tomar nota: "estás en las nubes" le había dicho el profesor, "pero escribes bien", y había leído en voz alta

la redacción en clase. En el fondo, para ella la vida era como viene. "Te andas por las ramas", le decía el profesor de español, pero era español y Marina no lo tomaba en serio.

Título de la redacción, "Qué es para ti la vida"; edad de la alumna, dieciséis años; la escuela, el Liceo Italiano; la ciudad, Barcelona. Puntos de referencia para la crónica.

Barcelona, donde Marina (pero también la autora) pasa la primera infancia para luego, de mala gana, como cualquier niño, tener que trasladarse a otra parte, a Madrid, con la familia, intercalando felices estancias en la casa de los abuelos en Italia, en el valle de Fiemme, y de nuevo verse obligada a abandonar afectos y costumbres para volver a Barcelona; siempre supeditada detrás del biombo a los desplazamientos y las actividades laborales del padre, entre empresa y fábrica.

Al mismo tiempo siguiendo a la fuerza, desde el mismo observatorio, detrás de las frases de los mayores, nombres y vicisitudes de la guerra, de las misteriosas guerras, la de Franco, la de Italia, ¿en contra de quién? ¿Por qué de repente no se puede seguir hablando italiano en la calle Angli?, "italianos traidores, macarrones traidores".

"Esas no son cosas para niñas, las niñas no tienen que escuchar las conversaciones de los mayores, y hablar sólo cuando las gallinas hacen pipí."

Afortunadamente, las niñas durante los descansos de las gallinas han aprendido a escribir, como lo demuestra la niña del relato, que al crecer se dedica a redactar cartas interminables a la amiga, descubriendo, con ventaja respecto a las gallinas, "un mundo de papel donde se encontraba muy bien".

Y he aquí que nos vemos en el relato, en todo un mundo de papel perfectamente construido por Manuela Benuzzi Billeter. Fatalmente sugerido a la autora por la

muchachita que se encuentra también con la pluma en la mano, la misma personita curiosa, comprometida a descifrar voces y vicisitudes a través de la rendijas del biombo, para rápidamente transcribir palabras y hechos e insertarlos en el hilo de una historia privada, empezada, soñada, en un “érase una vez” que hay que continuar sin cambiar de tinta a este lado del panel.

¿O es Manuela Benuzzi la que finge sugerir la experiencia de la escritura al personaje Marina? La tal Marina Berselli le coge gusto bien pronto, en edad todavía de muñecas, al mismo tiempo que niña y relato debutan en el encanto de una casa en Barcelona, con un jardín maravilloso, casi un paraíso terrenal: “escribía directamente sobre la mesa, y era bonito porque la pluma se deslizaba veloz sobre el barniz brillante, y luego borraba todo con el dedo mojado de saliva, escribía y escupía. En una esquina estaba la cocina de madera rosa para las muñecas, con los hornillos, las cacerolas y los platos de barro llenos de peces y de fruta. A veces preparaba la mesa para ellas y fingía cocinar, luego volvía a la mesa y fingía escribir, escribía su historia y la borraba con la saliva porque no quería que nadie leyese lo que había escrito”.

Los papeles, evidentemente, inadvertidamente se intercambian y acechan, las ficciones se sobreponen y se sustituyen, las voces se separan, se vinculan y se desvinculan para finalmente confluir al unísono, límpidas, memorables sobre el panel obligado del biombo, sobre la página del libro.

Quizás bastaba que la niña fingiese escribir para que las muñecas entendieran la historia. Quizás bastaba que la autora fingiera leer para que la memoria volviera a escribir día a día, como si fuera cada vez una sorpresa, la redacción de los dieciséis años, y su desarrollo y continuación con toda su carga de gran

alegría, gran luto, gran imposible amor por llegar, de santidad y pecado, de previsto e imprevisto.

El relato, escrito por sí mismo sobre la pared divisoria entre aquellos cuartos no exactamente separados de tentaciones y prohibiciones, de peligro y refugio, Historia e historia, avanza con discursos privados y discursos prestados —indirectos libres— que fluyen con naturalidad en sucesivas aportaciones.

En cualquier caso, será el biombo el que sonría, se estremezca y juzgue. El artificio, que es uno de los valores del relato, se mantiene perfectamente a través de todo el libro. Ya Tabucchi nos advierte en la cita que abre la novela que “la memoria es una formidable falsaria”.

Anna FELDER

La realidad pasada es siempre menos mala de lo que fue efectivamente: la memoria es una formidable falsaria.

A. TABUCCHI, Nocturno indiano

Era un jardín maravilloso, quizás el paraíso terrenal, con tilos, palmeras, limoneros y aromas calientes de sol. Un parterre de arbustos de colores separaba la larga superficie pavimentada de otra, más amplia, de grava, y junto a la tapia del vecino, sobre una franja de tierra, se elevaban en desorden muchos árboles que cerraban el jardín por la izquierda.

Esos árboles eran bonitos en las largas tardes solitarias, cuando Marina circulaba en bicicleta de un lado a otro por el pavimento o jugaba a la pelota haciéndola botar incansable contra la pared de la casa de al lado según reglas de juego cada vez más complejas, con una rodilla en el suelo, por debajo de la pierna, con los ojos cerrados. La pelota volvía puntual y precisa a sus manos hábiles y ella iba contando los rebotes conteniendo la respiración, ciento veintiuno, ciento veintidós, ciento veintitrés.

Sobre la grava, adosada a la galería del comedor, Marina construía una cabaña con dos butacas de mimbre volcadas y una sábana. Se quedaba allí debajo con un libro, sus muñecas y un panecillo con mantequilla y azúcar preparado por Marcelina, sola, fantaseando entre el perfume de las magnolias, persiguiendo con el índice gusanos para ella sin nombre que se enrollaban y se convertían en inmóviles bolitas relucientes. Durante ese tiempo, un largo y quieto silencio, Marina se acurrucaba para mirar y no esperaba nada.

El árbol más alto del jardín era el tilo; el más pequeño, la palmera enana, con su tronco áspero y punzante, cargada de dátiles anaranjados. Junto al muro de los vecinos estaban el peral, con frutos dulces y menudos que no llegaban nunca a la mesa, y el limonero, siempre cargado de globitos amarillos. Cuando por la noche cocinaban el pescado, la madre le decía “vete a coger dos limones para Marcelina”.

Al fondo del jardín había dos construcciones pequeñas. A la derecha, en la sombra, la carbonera, negra y muy llena, con un ventanuco siempre cerrado que servía sólo para apoyar el pie cuando se trepaba al tejado a mirar el jardín de los vecinos de atrás, un parque oscuro con árboles altísimos y relucientes que no dejaban pasar el sol, y avenidas umbrías que llevaban hacia la casa, de la que apenas se vislumbraban las ventanas del último piso, con las persianas siempre bajas para que no entrara el sol a estropear muebles y alfombras. A la izquierda estaba el lavadero, con dos grandes pilas de piedra, la ropa blanca eternamente a remojo en barreños de metal y un ambiente que olía a lejía. Desde que había visto una palangana llena de paños ensangrentados no entraba a gusto en el lavadero, aunque era luminoso y no le daba miedo como la carbonera. Marcelina le dijo que había perdido mucha sangre por la nariz y la abuela le explicó que Marcelina se encontraba enferma y era mejor no ir al lavadero porque estaba lleno de microbios.

A veces los domingos venía a jugar Gina, la hija de una amiga de la madre. Entonces Marina sacaba al jardín el cochecito de mimbre forrado por la abuela con una tela de florecillas azules, y en una esquina sombría, cerca de la carbonera, tímidas y tranquilas, preparaban la camita con las sábanas bordadas y la manta de lana hecha a ganchillo.

Pero en el jardín prefería jugar al fútbol con los hermanos y sus amigos. Cuando eran un número impar la llamaban para que se colocara en una de las porterías que montaban con las plataformas de madera que el padre había hecho construir para bajar en bicicleta el escalón que separaba la zona pavimentada de la grava. Eran estrechas y por lo tanto fáciles de defender, pero tenía que estar muy al tanto porque si dejaba pasar la pelota Paolo le pegaba un puñetazo. Cuando la pelota caía en el jardín del vecino de atrás la mandaban a ella a recogerla. Con el corazón en la garganta trepaba a la carbonera y bajaba furtivamente al misterio del espeso jardín húmedo, con terror de verse sorprendida por los dueños o, peor aún, por los perros. Era maravilloso jugar de delantero, sucedía pocas veces, sólo si alguien se retiraba, pero cuando la empujaban y acababa en el suelo, corría en busca de la madre, que salía enseguida y decía "no le hagáis daño a la niña".

En el parterre junto al limonero había una mata de rositas, pequeñísimas pero perfectas en dibujo y perfume, que en mayo florecían exuberantes. El mes de mayo era el mes de María y la abuela montaba un pequeño altar en el cuarto de Marina sobre la mesa lacada de rosa con una raya de oro en el borde, la virgen celeste en alto sobre una pila de libros tapados por un mantelito rematado con vainicas, las velitas finas y las rosas frescas, recogidas cada día de la mata, convertida en una gran mancha rosa. En el mes de mayo todas las tardes se encendían las velitas y se rezaba el rosario, domine ad adiuvandum me festina exhortaba la abuela y efectivamente para Marina representaba una fiestecita tener a toda la familia reunida en su habitación. El rosario es largo. En el tercer misterio glorioso, en el cuarto, en el quinto... la cantilena recitada por la abuela, arrodillada en una sillita baja, subraya el misterio. Es más bonito

lo que se contempla en el misterio que las avemarías, todas iguales. Al final, las letanías, turrís eburnea, janua coeli, virgo prudentissima, fluyen veloces cuesta abajo y el ora pro nobis, declamado con regularidad y en voz más alta, sitúa su cuarto en el centro del mundo, o mejor aún, en el paraíso, en el sonido de palabras misteriosas a las que intenta dar un sentido secreto y en el olor de las flores y de la cera que gotea sobre la mesa lacada, y que luego despegará con las uñas para hacer una pelotita calentándola entre los dedos. Mientras tanto, balancea su peso de una rodilla a otra y en la oscuridad se sienta sobre los talones hasta que una mirada de la abuela la induce a ponerse derecha, o más bien, a guardar la compostura. Mientras los hermanos intercambian puñetazos silenciosos y violentos, se apagan las velas, se encienden las luces, la abuela se levanta, la festina ha acabado. Se ha roto el misterio, pero un sentimiento de paz y alegría permanece. Mañana se repetirá el encantamiento y todos volverán a subir a su habitación habitualmente vacía, para pronunciar fórmulas mágicas en la oscuridad temblorosa de rosas.

A veces por la tarde, cuando se hartaba de jugar a la pelota o de saltar a la comba, se sentaba junto a María, que planchaba en la galería abierta hacia el jardín. “¿Cómo nacen los niños, María?” “Depende, los ricos se compran en París, los pobres se encuentran en verano entre las coles y en invierno en un cajón. Mi madre me encontró una tarde en el cajón de la máquina de coser.” Marina imaginaba la sorpresa y la alegría de aquella madre al abrir el cajón para coger quizás un carrete de hilo y encontrar una niña. Debía ser un cajón más grande que el de la mesa de costura donde Rosita daba la vuelta a los abrigos cuando estaban rozados y alargaba los vestidos. “Cómo crece esta niña, será tan alta como su madre.” Todos los jueves

el suplicio de las pruebas. "Marina, date la vuelta, pero ¿no entiendes que tienes que darte la vuelta?! Ésta no entiende nunca nada. Y quédate quieta mientras Rosita coloca los alfileres, ¿no comprendes que tienes que estarte quieta? Y usted, Rosita, por favor, no hable con los alfileres en la boca."

Cuando Rosita había terminado de coser, Marina iba a ver si había una niña también para ella en el cajón, nunca se sabe. Marcelina, por ejemplo, tenía un hijo que hacía de actor, ella siempre decía mi hijo el actor y ahora actuaba en una película titulada Café. Marina había ido a verlo con ella al cine Murillo, en el paseo detrás de la esquina. Él decía sólo una frase bajando las escaleras, y por aquella sola aparición habían visto la película dos veces, y a la salida estaba el padre, caminando arriba y abajo por la calle Angli, preocupado porque ya había anochecido y ella debía estar en casa cuando oscurecía. Ese hijo lo había encontrado Marcelina entre las coles aunque no estaba casada. ¿También las mujeres sin casar encuentran los niños entre las coles? "Cállate —decía ella— las niñas hablan cuando las gallinas hacen pipí."

Si hacía demasiado calor para construir una cabaña en el jardín, Marina subía a su habitación, que era fresca y no le daba el sol. Los muebles estaban lacados en rosa con un hilito de oro en los bordes; en el centro había una mesa con cuatro sillas, y en las otras tres sentaba a las muñecas, que la miraban escribir. Escribía directamente sobre la mesa, y era bonito porque la pluma resbalaba veloz sobre el barniz brillante, y luego borraba todo con el dedo húmedo de saliva. Escribía y escupía. En una esquina estaba la cocina de madera rosa para las muñecas, con los hornillos, los cacharros y los platos de barro llenos de peces y de fruta. A veces ponía la mesa para ellas, y fingía cocinar. Después

volvía a la mesa y fingía escribir, contaba su historia y la borraba con saliva porque no quería que alguien la leyese.

La abuela le había dicho que no entrara en el cuarto de los chicos. Mejor que estuvieran separados, por si las moscas, además eran mayores y no tenían nada que compartir con ella. Así que por la noche, cuando el padre iba al cuarto de ellos y contaba la historia del perro caniche, Marina no estaba porque ya se había ido a la cama. Pero del perro caniche se hablaba mucho en la mesa, era un perro especial que hablaba y razonaba como una persona, y entendía muchas cosas. A ella le daban miedo los perros, pero no el caniche, que era un perro simpático y le hubiera gustado conocerlo. Cada noche el padre inventaba un episodio de la vida del caniche, y Marina creía que también estaba en la habitación, le parecía haberlo oído ladrar entre una risa y otra detrás de la puerta cerrada.

Si los padres salían por la noche, Marina se zambullía en la cama y metía la cabeza debajo de la almohada porque le aterrorizaba la idea de estar sola. La habitación de los chicos se encontraba en la otra punta de la casa y tenía una gran terraza que daba al jardín. Si los ladrones hubiesen entrado por el lado de la calle nadie les habría oído, habrían aterrizado directamente en su cuarto; por lo tanto, rogaba a Dios con todas sus fuerzas que no consintiera que vinieran, y sabía que Dios habría escuchado su plegaria, porque su destino era llegar a santa. La abuela se lo repetía siempre, y ella creía que era una profesión como otra cualquiera. Además, el tío padre Clemente era santo y la abuela estaba muy orgullosa de ser la madre de un santo. “¿Qué es lo que más te importa en la vida?” El amor de Dios, naturalmente, había contestado una vez mientras bordaba sentada en un taburete a sus pies,

porque la abuela le enseñaba muchas cosas y le decía "tienes que llegar a hacerlas tan bien como yo". Exultante por su respuesta, "esta niña llegará a santa", fue corriendo a la librería a comprar para ella Vidas de niños santos. Así había aprendido que de niños los santos no sólo eran buenos, sino que hacían ya milagros, y un día había salido a la gran terraza que daba al jardín porque también ella quería hacer un milagro. No se le ocurría nada. Había leído de santos que aplacaban las tormentas, que calmaban las olas del mar. En ese momento sopla mucho viento entre las ramas del tilo, y se dice, ya lo tengo, quiero que pare el viento, y comienza a mirar con fijeza el follaje intentando bloquear con la fuerza de sus ojos los movimientos rabiosos. El viento no da muestras de calmarse. Quizá, tratándose de su primer milagro, pide demasiado. Pues que el viento rompa aquella rama, una rama ya medio rota. Seguro que esta vez, concentrándose en un solo punto, va a ser más fácil alcanzar el objetivo. Que la rama se rompa, repite obstinada, pero la rama sigue enganchada a pesar del ímpetu del viento y la intensidad de su mirada. El viento en el verde del tilo es bonito y plateado, y de repente ocurre el milagro. Marina ve el viento, no las hojas movidas por el viento, sino el propio viento. Nadie ha visto hasta ahora al viento. Es santa. Ha visto el aire transparente en movimiento, como agua no líquida sino de aire, aire como de cristal o cera, pasar entre las hojas del tilo y desaparecer.

El primer milagro ha ocurrido, pero no basta. El camino de la santidad pasa por el de la mortificación, palabra de sonido siniestro que quería decir renunciar a un placer o también ofrecer fioretti, afirmación más gentil, pero que igualmente quería decir obligarse a hacer algo contra la propia voluntad. Y, sobre todo, renegar del propio cuerpo, "santo como un tabernáculo" afirma la abuela. Los hombres no llegan a santos, para

ellos es mucho más difícil porque su cuerpo no es un tabernáculo, peor aún, tiene unas exigencias misteriosas e inexplicables que hay que perdonar, aunque sea con rabia. A la abuela los hombres no le gustaban, brutti omeneri decía cuando el electricista o el carpintero que habían venido a prestar sus servicios iban un momento al baño, y mandaba enseguida a alguien a limpiar la tapa del wáter. Brutti omeneri, y cerraba la puerta con una llave que escondía en un saquito de tela atado a la cintura debajo de la falda. Con rencor, pero hay que perdonar a los varones sus defectos, porque son así. Era mucho mejor tender por naturaleza a mortificar el propio cuerpo. Para las mujeres resultaba más fácil llegar a santas.

Si los hermanos la llamaban para jugar con sus amigos acudía corriendo, feliz de estar en el cuarto prohibido y de participar en juegos insólitos para una niña: sentarse sobre la planta de los pies de un hermano echado en la cama con las piernas en alto, ser lanzada gracias al empuje de una potente patada y aterrizar bastante más lejos sobre el suelo o incluso, cuando fallaba la puntería, sobre las baldosas de colores fuera del cojín. Le gustaba estar con los hermanos porque eran mayores y sabían muchas cosas. Un día le habían explicado que las cartas para la abuela echadas al buzón en Barcelona llegaban a Predazzo, a más de mil metros de altitud, gracias a un sistema de bombeo que, aspirando las cartas a través de galerías subterráneas estrechas y largas, las mandaba a la galería adecuada, más y más arriba, hasta la oficina postal del pueblo. Cuantas galerías, cada localidad la suya, una red intrincadísima de cruces. Y mucho viento en las galerías, muchas cartas que volaban hacia su destino.

“Marina, ¿vienes a jugar?” Corría al jardín y ellos azuzaban en su contra al perrito de la vecina,

huía gritando perseguida por el perro, que notaba con repulsión en sus talones. Escapaba enloquecida, y el perro detrás, inexorable y jadeante. Socorro mamá, páralo, me muerde, gritaba, y el miedo era abismal. "Melindrosa antipática" le decía Umberto. "Si te chivas no te dejaremos jugar más con nosotros." Umberto del culo abierto le había contestado una vez y la abuela, que había acudido inmediatamente, la había mandado castigada al comedor con la cara contra la esquina del aparador, y "cuidado con moverte antes de que yo te lo diga".

Cuando cogió el sarampión, interminables días de cama uno detrás de otro, para facilitar las comidas y las curas la habían trasladado a la habitación prohibida de los hermanos, que también estaban enfermos. No podía creer una alegría tan grande e inesperada, saltaba de placer a pies descalzos sobre las baldosas de colores. Ponte las zapatillas, no cojas frío, le decían mientras su cama y sus cosas eran transportadas para allá. Qué fiesta estar en la habitación llena de sol de los hermanos, qué sorpresa un cuarto caliente y luminoso lleno de voces, pero de voces para ella sin cara porque un biombo rodea su cama. Un acto de prudencia, porque por detrás somos todos iguales pero por delante no, y ella, detrás del biombo, sólo puede mirar por las rendijas.

Los niños no se encuentran entre las coles y tampoco se compran en París, le había explicado un día Rosita. "Los niños permanecen nueve meses en la barriga de la madre y cuando están a punto salen." ¿Por dónde? "Por el ombligo." ¿Y cómo entran? "No lo sé, los manda Dios." ¿Y por qué Dios manda niños también a las mujeres que no están casadas? ¿Y si un niño nace desnudo y sin pendientes como se puede saber si es niño o niña? "No lo sé, lo decide el médico." Pero ella sabía que no había nacido como todos los demás niños.

“A ti te ha traído un ángel” le había dicho la abuela, y ella se lo había creído porque la abuela lo había visto. Entonces vivían todavía en Vilanova y una tarde de verano, hacia las ocho, mientras todos estaban comiendo el arroz, alguien había llamado a la puerta; en el dintel la abuela había encontrado una niña, y en la oscuridad del jardín que bajaba hacia la playa había vislumbrado un ángel blanco y luminoso que se alejaba hasta desaparecer en la mancha ya grisácea del mar, de donde probablemente había venido. Por eso la habían llamado Marina.

Seguro que no había venido del pueblo, donde se disparaba en los callejones blancos que el padre, al volver de la fábrica a casa, recorría encorvado y veloz desde que había oído silbar las balas y había visto aparecer inesperadas marcas de fuego en el muro blanco. El padre tenía que ir a la fábrica, pero la abuela había renunciado a la misa de la mañana porque disparaban también a los que iban a la iglesia, así que ella seguía mentalmente la misa desde casa pidiendo a Dios que liberase pronto a España de los rojos. Y una tarde, poco después de nacer ella, mientras la madre le daba de mamar, se había interrumpido la vida cotidiana de mañanas en la gran playa de arena blanca y tardes en el jardín bajo los viejos pinos, cerca de la fuente de azulejos amarillos y azules. Hay que marcharse inmediatamente, un autobús desvencijado está ya esperando a los italianos de la fábrica para llevarlos a Barcelona y embarcarlos hacia Génova. En el bochorno de aquella tarde de julio se deja la casa en una hora, la plata enterrada a toda prisa en el jardín, los muebles puestos en mano de personas de confianza, en la maleta sólo unos pocos trajes de los hermanos y muchos pañales para ella. No se sabe cuánto durará el viaje, no se sabe dónde irán a parar.

En el autobús de la fábrica están todos: los Villa, los Secondi, los Minelli, los Ferrari, todos con muchos niños y dos milicianos. El autobús circula despacio por la carretera polvorienta de la costa. En todos los pueblos lo paran milicianos armados. "Italianos fascistas, que bajen los hombres. Que no, compañero, van a embarcarse." En Sitges, en Garraf, en Castelldefels, el gran susto se repite. Paolo saluda a los milicianos con el puño cerrado y todos se ríen. La madre está sentada con Marina en brazos, y delante de ella un miliciano apunta distraídamente la caña del fusil hacia atrás rozando la cabecita pelona. "¿Le molesta apartarlo un poco? —dice la madre empujando con delicadeza el arma— Es que la niña duerme."

"Dios mío —repetía la abuela—, la niña no está bautizada." "Y ¿si se muere?" Entre una parada y otra, al fondo del autobús rezaba de rodillas, "Señor, acepta el bautismo de sangre de esta criatura inocente". Bautismo de sangre. Cuando la abuela le contaba más tarde la fuga de Barcelona casi sentía no haber sido una pequeña mártir como tantos otros niños bárbaramente asesinados por los rojos, tal como había leído en un libro que le había regalado la abuela, titulado Pequeños mártires.

En el barco los habían colocado en la enfermería, y puede que fuera allí donde Paolo cogiera la enfermedad que unas semanas más tarde lo llevaría a las puertas de la muerte en Predazzo, en casa de la abuela. Entonces nadie lo sabía y él circulaba por el barco alegre e impertinente, haciendo reír con sus ocurrencias a todos menos al doctor Sacchi, que siempre llevaba consigo, apretada sobre su corazón, una caja de puros cubanos carísimos salvados de la irremediable pérdida junto a otros pocos objetos de valor. Paolo le había pedido que se los dejara ver y en un gesto imprevisto y rápido los había lanzado al mar.